

## Proyección biográfica de Sender en Ramiro Vallemediario y Pepe Garcés: documentos y testimonios

Ramón Oteo Sans  
Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

Cuando el 16 de enero de 1982 murió Ramón J. Sender en el amargo silencio del exilio, el seminario de Lengua y Literatura Españolas del Instituto de Bachillerato Salvador Vilaseca de Reus y el colectivo *Etcétera* de la actual Facultad de Letras de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona organizaron una serie de actos en memoria del fecundo novelista, que constituyeron seguramente el primer homenaje de la cultura española al escritor aragonés a raíz de su muerte. El 20 de enero, un día después de que la prensa estatal diera la noticia de su fallecimiento, se inauguraba una exposición bibliográfica que reunía un centenar de obras de y sobre Sender y algunos documentos inéditos, entre los cuales tenía particular interés el expediente académico del escritor (véase su reproducción en pp. 638 y 639), que, cuando niño, había cursado en el entonces Instituto General y Técnico de Reus parte de su bachillerato. Aunque el joven Sender sólo residió allí durante un curso, la ciudad dejó en él una profunda huella, patente en algunas de sus obras más importantes: *El verdugo afable* (1952), *Monte Odina* (1980) y en especial en la segunda parte de *Crónica del alba*, *Hipogrifo violento* (1954), cuya acción se sitúa en el Reus de su infancia. Por ello el Claustro del Instituto de Bachillerato, reunido en sesión

## EL LUGAR DE SENDER

extraordinaria a propuesta de la cátedra de Literatura Española el 25 de enero, tomó el acuerdo de elevar al Ayuntamiento de Reus una petición razonada en la que se solicitaba el nombre de una calle para el escritor aragonés, petición que fue aprobada en sesión del Pleno Municipal del 5 de abril de 1982. De este modo la ciudad reconocía el afecto con que el novelista la recordó a lo largo de su vida, como lo confirma el hecho de que «en unas últimas declaraciones de Sender, publicadas en *El Noticiero Universal*, recordara su propósito de regresar a España y fijar su residencia en Salou porque conservaba de Reus y sus alrededores recuerdos entrañables de cuando era niño».<sup>1</sup>

La evocación de la infancia es casi siempre una parte fundamental del relato autobiográfico, sobre todo si el narrador tiende a buscar en los recuerdos de la niñez el testimonio de un ámbito entrañable que a menudo se contempla con nostalgia en una reconstrucción idealizada. José-Carlos Mainier ha señalado oportunamente que «para el Sender posterior a 1939 escribir ya será siempre apostar contra la usura del tiempo y buscar en un inevitable pasado colectivo el paisaje feliz de la inocencia perdida»,<sup>2</sup> afirmación coincidente en la delimitación cronológica con la de Donatella Pini Moro, que en las dos primeras novelas de Sender publicadas en el exilio —*Proverbio de la muerte* y *El lugar del hombre*, ambas de 1939— ve «surgir la copiosa vena autobiográfica de Sender, destinada a encontrar su expresión más plena en las dos series narrativas *Crónica del alba* (1942-1966) y *Los cinco libros de Ariadna* (1955-1957)».<sup>3</sup>

Sin embargo ya *Imán*, que en 1930 inaugura con madurez su fecunda obra narrativa, «marca con un sello particular el advenimiento simultáneo y prácticamente indisoluble, de las vetas autobiográfica y novelística de la obra senderiana»,<sup>4</sup> a la vez que su protagonista, Viance, personaje afín al escritor en muchos aspectos,<sup>5</sup> al reflexionar sobre la desaparición de su pueblo y su pasado bajo las aguas del pantano al final de la novela, evoca la infancia como un espacio vital no invadido por las miserias de la con-

<sup>1</sup> *Heraldo de Aragón*, 27 de enero de 1982.

<sup>2</sup> José-Carlos MAINIER, «El territorio de la infancia y las fuentes de la autobiografía senderiana», en José M<sup>o</sup> ENGUITA (ed.), *III Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Siglos XVIII-XX)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 139-159 (147).

<sup>3</sup> Donatella PINI MORO, *Ramón José Sender tra la guerra e l'esilio*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1994, p. 117. La traducción de la cita al castellano es mía.

<sup>4</sup> Roger DUVIVIER, «Les prémisses de l'œuvre autobiographique dans la première époque de l'écrivain Ramón J. Sender», en *L'autobiographie en Espagne (Actes du II<sup>e</sup> Colloque International de la Baume-les-Aix, 23-25 mai 1981)*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1982, pp. 203-226 (215). Hay traducción española en José-Carlos MAINIER (ed.), *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1983, pp. 137-153 (146).

<sup>5</sup> Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español («Novelas y Cuentos»), 1970, p. 116.

dición humana y, por ello, ámbito de la vida verdadera, donde reencontrar la propia identidad: «Antes, hasta en los momentos peores de la campaña, tenía una base moral firme: su niñez, su pueblo, los campos familiares, las calles, los niños de entonces, hechos ya hombres. Ahora cree pisar sobre la niebla, sobre el aire. Su vida comienza en el infinito, sin base, sin donde poner los pies para tomar impulso». <sup>6</sup> Sumergido el pueblo bajo el pantano, la vida de Viance ha perdido sus orígenes: «Su casa, el suelo que pisaron sus padres, todo es ahora limo, barro, algas. Le han robado su pueblo. Aquellos recuerdos vivos que flotaban en las esquinas, en el pozo de la plaza, en la abadía, y que eran el punto de partida de toda su vida han desaparecido para siempre». <sup>7</sup> La situación existencial de Viance al regreso de la guerra de Marruecos, vencido y desengañado, podría compararse, como metafórica premonición, con la propia circunstancia del autor y de todos aquellos que, víctimas de un largo exilio tras la guerra civil, sintieron perdidas para siempre las raíces de su existencia porque, como a Viance, les habían robado su pueblo, anegado no ya por un pantano sino por un alud de escombros y de sangre después de 1939.

Como otros escritores de la España peregrina, Sender sintió la necesidad de reconstruir el pasado, de recuperar sus raíces a través de la literatura, de bucear en el tiempo para reencontrar, al otro lado de la experiencia traumática de la guerra civil, una imagen de la vida más pura, más plena, más dichosa. La encontró en la edad de la inocencia, con la recreación de un paraíso inexistente o irrecuperable del que se nutren la fantasía y la memoria, una memoria «no estrictamente intelectual sino sensitiva y muy discriminadora, es decir, selectiva», como puntualizaba el escritor al contestar a un cuestionario que Francisco Carrasquer le propuso en 1966. <sup>8</sup>

Manuel Andújar, uno de los primeros en advertir el creciente desarrollo después de la guerra civil de la literatura memorialista, en especial entre los escritores del exilio, hace notar en los testimonios autobiográficos de la emigración, frente a las abundantes descripciones de interiores, «la falta de fijaciones en lo que concierne al paisaje, urbano o campestre», <sup>9</sup> a pesar del largo peregrinaje de la mayor parte de los autores por distintas geografías. Por el contrario, subraya Andújar la entrañable recuperación, por parte de algunos —Alberti, Corpus Barga, Ayala—, de los escenarios de la memoria que dejó atrás la guerra civil y el exilio, con particular atención a la infancia, y el carácter novelesco en perfecta armonía con lo autobiográfico de obras como *Los pasos contados*, espléndido fresco y crónica de «una vida española a caballo en dos siglos», tal como

<sup>6</sup> Ramón J. SENDER, *Imán*, Barcelona, Destino («Destinolibro», 71), 1979, p. 303.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 300.

<sup>8</sup> Francisco CARRASQUER, «Cuestionario», en «Boletín senderiano», *Alazet* [Huesca], 3 (1991), pp. 175-185 (176).

<sup>9</sup> Manuel ANDÚJAR, «Memorias españolas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 412 (octubre de 1984), pp. 63-100 (69).

EL LUGAR DE SENDER

N.º 344

Letra **S.**

Instituto General y Técnico de Reus

Expediente personal de D. **Ramón José Sender Garcés.**

ENSEÑANZA

El día de \_\_\_\_\_ de 1912 D. \_\_\_\_\_ natural de \_\_\_\_\_ provincia de \_\_\_\_\_ de edad \_\_\_\_\_ años se ha matriculado en este Instituto presentando los documentos que a continuación se expresan y en asuntos:

Certificado oficial (n.º 1 de Instituto de Zaragoza) Curso de 1913-14

Se le ha examinado en el Instituto de Zaragoza el día 17 de junio de 1912 y obtuvo la calificación de Aprobado.

Imp. Carreras y Vila. 11318

Zaragoza Curso de 1901 a 1902 Zaragoza			
Asignaturas	Calificación del examen ordinario	Id. del extraordinario	OBSERVACIONES
Lengua Castellana y Gramática	Aprobado	-	En.º Libre
Historia del P.º y de Europa	Aprobado	-	" "
Matemáticas de 1.º y 2.º grado	-	Aprobado	" "
Geografía	-	Aprobado	" "



subtitula Corpus Barga la tetralogía de sus memorias, lamentablemente incompletas, cuyo primer volumen abarca justamente *Mi familia. El mundo de mi infancia*.

Aunque ajeno sin duda a los «silencios conspirados» de cierta crítica, que Carrasquer denuncia sin ambages en su introducción a *Imán*,<sup>10</sup> Andújar, que admite en otra ocasión el carácter memorialístico de «las primeras secciones de su *Crónica del alba*»,<sup>11</sup> se ciñe esta vez rigurosamente a los límites del género autobiográfico memorial y ni siquiera cita en su estudio la obra, coincidente en más de un aspecto concreto con la de Corpus Barga —el testimonio fundamental de la memoria sensitiva, la presencia de digresiones ensayísticas, la inclinación hacia un anarquismo idealista—, pero, sobre todo, en la fusión fecunda de lo autobiográfico y lo creativo que hace de *Crónica del alba* «una serie de memorias», en palabras de Ricardo Senabre.<sup>12</sup> Ambos autores —Corpus Barga y Sender— confirman en sendos prólogos la estrecha relación entre la propia vida y la creación literaria. Corpus Barga, en declaraciones que recoge Gregorio Coloma en las páginas preliminares del primer volumen de *Los pasos contados*, dice: «Otra cosa que comprobé, a medida que avanzaba en mi obra, era la similitud de las memorias y las novelas. El novelista escribe como el memorialista, por lo que ha visto y oído o por lo que ha leído. Mis memorias se iban convirtiendo insensiblemente en novelas, no se trataba ya de presentar el recuerdo sino de que se presentara él mismo. El tomo tercero, *Las Delicias*, es una novela, dentro del sentido más propio del término».<sup>13</sup> Y Sender escribe en el prólogo de *Los cinco libros de Ariadna*: «Todo lo que podemos decir de nosotros mismos —digo, los que escribimos— es lo que hemos hecho y por qué. Cada cual hace una buena tarea diciéndolo en estos tiempos de confusión y responsabilidad. Libres los demás de entenderlo como les parezca. He escrito varios libros sobre los tiempos de mi infancia y juventud, continuación de *Crónica del Alba*, que irán saliendo. La obra alcanzará cronológicamente a los días en que la escribo, si no se alejan demasiado

<sup>10</sup> Francisco CARRASQUER, «Sender entero ya en *Imán*», introducción a Ramón J. SENDER, *Imán*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Larumbe», 4), 1992, pp. IX-CLXXXIII (XIX-XXII). En la p. XXXVII (n. 25) aporta el punto de vista sobre esta cuestión de José R. MARRALÓPEZ, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid, Guadarrama («Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo», 39), 1963, pp. 352-353 y no 252-253, como el duende de la imprenta ha escrito en la nota de Carrasquer.

<sup>11</sup> Manuel ANDÚJAR, «Ramón J. Sender y el nuevo mundo», en *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX*, Zaragoza, Ed. Herald de Aragón, 1981, pp. 95-155, recopilado en José Carlos MAINER (ed.), *op. cit.*, pp. 189-240 (189), de donde tomo la cita.

<sup>12</sup> Ricardo SENABRE, «Una novela-resumen de Ramón J. Sender: *El verdugo afable*», en Manuel ALVAR y otros, *La Literatura en Aragón (Estudios coordinados por Aurora Egido)*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1984, pp. 151-162 (155).

<sup>13</sup> Gregorio COLOMA, «Prólogo» a Corpus BARGA, *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)*. 1. *Mi familia. El mundo de mi infancia*, Madrid, Alianza Editorial («Alianza Tres», 44), 1979, pp. I-XVI (XIII).

rápidamente [...]».<sup>14</sup> Hace bien poco Miguel Delibes abundaba en lo mismo a raíz de la publicación de su última novela, *Diario de un jubilado* (1995): «Las novelas brotan de tres fuentes: la autobiografía, la invención y la observación, pero en la mayor parte de ellas, al menos en los detalles, prevalece lo primero».<sup>15</sup>

En *Monte Odina* (1980), Sender, ya al final de su vida literaria, nos lega una obra en la que la autobiografía, la invención y la observación se funden en un fluido proceso discursivo que se abre camino alternativamente entre la literatura memorialista, la ficción y el ensayo, adecuando el molde tradicional de los géneros a su voluntad creadora, como es propio de los grandes escritores. En la obra, el pasado remoto de la niñez se proyecta positivamente en el futuro del hombre: «Quizá lo mejor que tienen los hombres en su madurez y en su vejez es lo que conservan de la lejana infancia»,<sup>16</sup> idea en la que insiste mucho más adelante: «los hombres conservamos algunos rasgos de carácter de la infancia y suele ser lo mejor que tenemos cuando llegamos a la madurez».<sup>17</sup> La infancia tiene, pues, una influencia benéfica en el adulto y por ello la imagen del niño representa de antiguo la conquista de la paz interior y la confianza en uno mismo.

Al iniciar el capítulo XI de *Monte Odina* Sender escribe: «Quiero apartar de mí esos recuerdos tristes refugiándome por algunos días en otros mejores de mi infancia»,<sup>18</sup> actitud en la que insiste en el capítulo XX: «Yo me refugio en mis relaciones con el albatros o en mis recuerdos de mocedad».<sup>19</sup> Vemos, pues, que en *Monte Odina* Sender proyecta la influencia de los años infantiles en dos direcciones, con sentido positivo en ambas: hacia el futuro, como origen de las mejores cualidades del hombre, y hacia el pasado, como refugio ante los embates y las tristezas de la vida. Esta doble imagen de la infancia es fruto sin duda de su dimensión sobrehumana, que se pierde al llegar a la edad madura: «Éramos, él y yo, una de esas parejas de chicos que a los siete u ocho años andan siempre juntos y cultivan una apasionada amistad y darían la vida el uno por el otro si fuera necesario y sin sentimentalismo alguno. Por una especie de lealtad viril precoz y sobrehumana. Porque en los chicos hay muchas cosas sobrehumanas. Precisamente por no haber entrado todavía en la pecadora madurez».<sup>20</sup> «Y es que la niñez como perspectiva —escribe José-Carlos Mai-

<sup>14</sup> Ramón J. SENDER, «Prólogo» a *Los cinco libros de Ariadna*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 500), 1977, pp. 7-18 (16).

<sup>15</sup> Javier GONÍ, «Vuelve Delibes novelista. El escritor recupera a Lorenzo, su personaje de hace 40 años, en *Diario de un jubilado*», *El País* (supl. «Babelia», 178), 18 de marzo de 1995.

<sup>16</sup> Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, Zaragoza, Guara («Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses»), 1980, p. 21.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 331.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 441.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 89.

## EL LUGAR DE SENDER

ner— nos acerca más a ese mundo mágico en el que Sender se mueve tan a gusto. El niño encarna, frente a lo racional, lo intuitivo y lo espontáneo; frente al cálculo, la certeza; frente a la complejidad de lo intelectual, la oscura selva de los motivos emocionales; frente a lo cerebral, lo que reiteradamente Sender gustó llamar lo *ganglionar*».<sup>21</sup>

Convencido de la intensidad sobrehumana y mágica de la niñez, Sender nos transporta a su propia infancia a través de su obra y recupera, con su memoria esencialmente sensitiva, imágenes, tipos, ambientes y personajes relacionados con su mundo infantil y adolescente, que el autor proyecta en el de dos de sus grandes criaturas literarias, jóvenes antihéroes en los que «campa por sus respetos el niño con su creatividad incontrolable y su visión mágica del mundo».<sup>22</sup> Son Ramiro Vallemediado y Pepe Garcés, uno y otro personificaciones de un álter ego del escritor y ambos, protagonistas respectivamente de *El verdugo afable* (1952) y de la serie narrativa de *Crónica del alba* (1942-1966).

«Confesión íntima y crónica de medio siglo de vida española vista por un espíritu crítico y contradictorio», en palabras de Ricardo Senabre,<sup>23</sup> *El verdugo afable* incluye fragmentos de libros anteriores en los que Sender, en quien a veces se impone el periodista fiel a los hechos con la fuerza del testigo presencial, recupera episodios de su tiempo histórico entretreídos con su propia trayectoria humana, con una decidida voluntad de síntesis. Por el contrario, el episodio en que relata la niñez del protagonista en el internado de un colegio religioso de Reus, que no procede de obras anteriores, se amplificará dos años después hasta constituir *Hipogrifo violento*, segundo volumen de *Crónica del alba*. La infancia de Sender adquiere así un especial relieve en *El verdugo afable*, al fundir literatura y biografía en el relato de circunstancias y recuerdos hasta entonces no recogidos en sus libros, contrariamente a lo que sucede con otros significativos acontecimientos de una obra en la que el autor «parece haber renunciado casi por completo a la invención».<sup>24</sup>

*El verdugo afable* arranca de un hecho circunstancial y episódico. A principios de 1924, tras cumplir el futuro novelista su servicio militar en Marruecos, «se concluye un ciclo de su vida o, dicho de otra manera, termina el “primer Sender”», según la periodización de su biografía que establece Jesús Vived, gran conocedor de su vida.<sup>25</sup> Es entonces cuando, por mediación de su hermano Manuel, Sender es recibido por Nicolás María

<sup>21</sup> José-Carlos MAINER, art. cit., p. 146.

<sup>22</sup> Francisco CARRASQUER, *op. cit.*, p. LXIX.

<sup>23</sup> Ricardo SENABRE, art. cit., p. 162.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>25</sup> Jesús VIVED MAIRAL, «El primer Sender», introducción a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Larumbe», 5), 1993, pp. XI-CXXII (CIV).



de Urgoiti, financiero promotor del diario *El Sol*, donde inicia el escritor su actividad periodística en Madrid. Tiempo después asiste «como testigo en nombre de la ciudad»<sup>26</sup> a unas ejecuciones en la cárcel Modelo, que le producen una fuerte impresión. En los capítulos primero y último de la novela, escritos en primera persona, un periodista, identificado como el mismo Sender al final, describe el cumplimiento de las sentencias y narra su cita y encuentro con uno de los verdugos, movido por la necesidad de entender la razón de su existencia: «si no la hay estamos todos perdidos».<sup>27</sup> Ambos capítulos enmarcan, como si pudiera tratarse de un reportaje, la parte central y extensa del relato, en la que, por el contrario, se narra en tercera persona la historia del verdugo Ramiro Vallemediano. El novelista no oculta su simpatía por el ejecutor de la justicia, en cuyo aspecto físico reconoce que «había cierta distinción», que «era un hombre de apariencia refinada», al tiempo que «daba la impresión tranquilizadora de cualquier honesto ciudadano». Mientras espera en un café, Sender apunta una posible identificación con el verdugo —«Yo mismo —pensaba, mirándome de reojo en la superficie bruñida del cubo de hielo— podría dar mejor la impresión de ser un verdugo»—, identificación que ha percibido ya al salir de la cárcel en la mirada de los curiosos: «Yo pensé que me tomaban quizá por el verdugo». Y, sin embargo, «esto no me ofendía. Únicamente pensaba que para ser verdugo era yo demasiado joven».<sup>28</sup>

Muchos años después, cuando escribe la novela, Sender, al iniciar la parte del relato en tercera persona, proyecta su biografía en la de su personaje, que se convierte así en «contrafigura del propio autor» en palabras de Ricardo Senabre,<sup>29</sup> quien ve en la novela una «especie de compendio de la primera época —biográfica y literaria— de Sender», cuya identificación con el verdugo vendría a ser un descargo de conciencia del propio novelista —«Late en el fondo de *El verdugo afable* una desoladora confesión de culpabilidad»—, psíquicamente confuso por sus vivencias de la guerra civil, «en un intento de aclarar, mediante la biografía de un personaje no enteramente ficticio, su claudicación final, su caída en el conformismo, su complicidad —por omisión— en una gigantesca culpa colectiva».<sup>30</sup>

Por el contrario, Sender evoca positivamente la infancia de Ramiro, cuando «la vida le parecía un milagro continuo» porque el niño gozaba de la plenitud de lo simple, en un estado de primitiva inocencia y de placer puro —«Cuando tenía sed y bebía sentía un placer inmenso. Lo mismo le sucedía al comer y al acostarse después de jugar todo el día»—, estado que se prolongaba en el sueño y en sus relaciones con la naturaleza y la divi-

<sup>26</sup> Ramón J. SENDER, *El verdugo afable*, México, Aguilar («Novela Nueva»), 1970, p. 368.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 16-29.

<sup>29</sup> Ricardo SENABRE, art. cit., p. 156.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 160-161.

## EL LUGAR DE SENDER

nidad, en las que se manifiesta la dimensión sobrehumana de la infancia cuando Dios le concede el día de su comunión la tormenta de granizo que el niño le ha pedido, porque «Ramiro encontraba mágica aquella lluvia de bolitas de cristal que se deshacían en su mano temblando».<sup>31</sup> Una vez que Ramiro ha aprendido a los doce años y en muy poco tiempo «todos los oficios de la aldea», en pasaje que Sender incorpora, entre otros, de la *Vida de Pedro Saputo* de Braulio Foz, y prefiere «seguir sin hacer nada», la madre «escribió a un tío suyo contándole lo que sucedía y al cabo de algunas semanas recibió una carta en la que el pariente se ofrecía a pagar la educación del muchacho. Por lo pronto, debía enviarlo al colegio de San Ildefonso en Reus (Cataluña), donde él mismo se había educado. Con la carta le enviaba una cantidad para los primeros gastos».<sup>32</sup> Sender introduce ahora en la novela una referencia biográfica concreta: él mismo fue también alumno interno del colegio de San Pedro Apóstol de los frailes de la Sagrada Familia, orden que se había establecido en Reus en 1895 en un edificio construido a tal fin en la calle Ample, cerca de la estación. El colegio, que había de ser en el primer tercio de siglo el centro de enseñanza privada más prestigioso de la ciudad, impartía educación primaria, comercio y bachillerato. Los alumnos, hijos de la media y pequeña burguesía de la ciudad y de los propietarios de las zonas rurales del área de influencia económica de Reus, pasaban de 300 en 1905. De ellos, un diez por ciento eran internos.

Vuelto a su aldea, Ramiro evoca con nostalgia su estancia en Reus y el novelista describe la ciudad que conoció en su infancia con adjetivos elogiosos reforzados enfáticamente —«en la parte céntrica había unas calles tan hermosas, unas plazuelas tan limpias y cuidadas, unos comercios tan esplendorosos»— para concluir con una elocuente hipérbole: «que Ramiro se creía trasladado a otro planeta». De cuanto ve en la ciudad, el monumento al general Prim es lo que más le impresiona; ante él, Ramiro imagina de una forma infantil la gloria humana: «Le dijeron que a aquel hombre lo habían asesinado, y obsesionado por el monumento Ramiro creía que la gloria humana consistía en ser asesinado y tener después una estatua como aquélla en una plaza pavimentada con adoquín menudo —mojado por la llovizna— sobre el cual rodaban silenciosamente los coches con llantas de goma».<sup>33</sup> En un segundo curso de estancia en el colegio, Ramiro llega instintivamente al placer solitario, que genera en él un conflictivo sentimiento de culpa, coincidente con su entrada «en la pecadora madurez», que puede representar la pérdida de aquellas «cosas sobrehumanas» que hay en los niños, como escribirá más tarde en *Monte Odina*.<sup>34</sup>

<sup>31</sup> Ramón J. SENDER, *El verdugo afable*, ed. cit., p. 34.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>34</sup> Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, ed. cit., p. 89. Se hace referencia a este mismo texto en la n. 20.

El relato de la estancia de Ramiro en el internado de Reus pasará a las páginas de *Hipogrifo violento* (1954), segunda parte de *Crónica del alba*, serie en la que los materiales autobiográficos tienen un papel fundamental en el personaje de Pepe Garcés, que, como Ramiro Vallemediado, se constituye en álgter ego del novelista. Aunque a los ojos del lector común la diferencia de nombre entre el autor y el yo narrador aleja aparentemente cualquier posibilidad de pacto autobiográfico, es evidente que Sender elige para el segundo su nombre más estrechamente vinculado al ámbito familiar y privado —«A mí, en casa, me llamaban Pepe, porque era el nombre del jefe de la tribu y yo era el hijo mayor. Mi padre se llamaba José, y también mi abuelo y mi bisabuelo»—,<sup>35</sup> al que añade el apellido materno, testimonio del profundo afecto que el escritor sentía por su madre.

En las últimas páginas del volumen que da nombre a la serie se cuenta la llegada a Reus de Pepe Garcés, acompañado por su padre, para ingresar en el «Colegio de San Pedro Apóstol, enorme edificio en la Avenida de la Estación»,<sup>36</sup> que, al contrario de lo que ocurre en *El verdugo afable*, es denominado aquí con su nombre histórico. En su primera noche en el colegio Pepe Garcés descubre asombrado desde su celda unas grandes luminarias urbanas. Averigua después que «la ciudad aparecía engalanada por las fiestas del centenario de Constantino el Grande». *Hipogrifo violento* empieza, pues, en octubre de 1913, cuando se cumple el centenario del edicto de Milán (313), que la Iglesia conmemoró solemnemente. Los festejos comenzaron en Reus el viernes 17 de octubre, con el encendido de la iluminación eléctrica del campanario y la fachada de la iglesia arciprestal de San Pedro. Unos días más tarde, el 21, una prolongada llovizna seguida de vendaval había de deslucir los actos al averriar mayormente las luminarias. Podemos afirmar, en consecuencia, que Sender/Pepe Garcés llegó al colegio de la Sagrada Familia de Reus entre el 17 y el 21 de octubre de 1913 y que su internado fue fruto de una decisión tardía y apresurada, tal como se presenta en *Crónica del alba* —«Había decidido enviarme interno a un colegio. Mi madre advertía que tenían que hacerme ropa interior, pero mi padre insistía: —Mañana mismo»— y se deduce de su documentación académica, puesto que la solicitud de matrícula en el Instituto, fechada el 10 de octubre, no fue suscrita por el interesado y la matrícula propiamente dicha se registró con el número 22 el día 15. Es lógico pensar que, una vez resuelto el traslado del expediente y formalizada aquélla, tendría lugar el viaje a Reus de padre e hijo. Sender fue matriculado de tercer curso de bachillerato en el Instituto General y Técnico de Reus cuando tenía 12 años, según consta en algunos documentos de su expediente, por el que se confirma que

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>36</sup> Ramón J. SENDER, *Crónica del alba*, Barcelona, Delos-Aymá, 1965, p. 136.

## EL LUGAR DE SENDER

nació en Chalamera en 1901 —como demostró en su día Marcelino C. Peñuelas—<sup>37</sup> y no en Alcolea de Cinca en 1902, como se venía publicando hasta hace unos años.

A lo largo de las páginas de *Hipogrifo violento*, que transcurre íntegramente en el internado de Reus, Sender, a través de los recuerdos que Pepe Garcés hilvana en los cuadernos escritos en el campo de concentración de Argelés, reúne nombres, descripciones, imágenes precisas que demuestran que su estancia en Reus, aunque sólo fue de un curso escolar —el de 1913-1914—, dejó profunda huella en el recuerdo y tal vez en el carácter del futuro escritor y combatiente anarquista, para el que la situación social de la ciudad, a menudo conflictiva, pudo ser en algún momento un escenario revelador e inquietante: durante las fiestas constantinianas más de 500 obreras textiles estaban en huelga y de enero a junio de 1913 se sucedieron en la ciudad paros prolongados de distintos gremios. A la conflictividad social contribuía también el crecimiento demográfico, un creciente estancamiento económico aliviado más tarde por la primera guerra mundial y las rivalidades políticas, que habían llevado al socialismo a ganar la batalla al anarquismo en el mundo obrero local. Se podría argüir que esta situación histórica apenas sería advertida por un niño y menos aún habría de influir en su carácter. Será oportuno recordar entonces la precocidad de Sender, que a los 13 años forma parte de la redacción de la revista estudiantil *El Escolar*, del Instituto de Zaragoza, y a los 15 publica ya en el diario *La Crónica de Aragón*.<sup>38</sup>

Hasta las páginas de *Hipogrifo violento* llega el eco de los «disparos lejanos»,<sup>39</sup> de los «desórdenes callejeros con motivo de las huelgas de las fábricas», y los alumnos comentan y fantasean acerca de la situación social hasta el extremo de atribuir a los religiosos insólitas medidas de seguridad: «había oído decir que los frailes solían conectar las verjas del parque y las ventanas bajas con cables de alta tensión en tiempo de revueltas y peligros». El pequeño Sender manifiesta entonces sus preferencias: «La gente de la calle, el pueblo, me parecía incapaz de hacer daño [...] y pensaba no sé por qué en la amistad de los obreros que trabajaban allí». Entre la realidad y la fantasía, el niño identifica la lucha obrera con la conquista de la libertad y, obsesionado por el personaje que interpreta en la representación escolar de *La vida es sueño*, se siente un nuevo Segismundo: «Si un día asaltaban el convento y lo incendiaban me sacarían de allí lo mismo que sacaban a Segismundo los conspiradores». <sup>40</sup> Aquel personaje «en

<sup>37</sup> Marcelino C. PEÑUELAS, *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Gredos («Biblioteca Románica Hispánica», 153), 1971, p. 18, n. 1. En ella, el autor transcribe, casi completa, la partida de nacimiento de Sender para aclarar «definitivamente» la fecha y lugar de su nacimiento.

<sup>38</sup> Jesús VIVED MAIRAL, *op. cit.*, pp. XIV y XX.

<sup>39</sup> Ramón J. SENDER, *Hipogrifo violento*, en *Crónica del alba*, ed. cit., p. 258.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 151-152.

RAMÓN OTEO SANS

quien el escritor palpa la difícil dualidad entre la conciencia y el destino, la lucidez perpleja y la vivencia inconsciente, la oscura reminiscencia de la culpa y la convicción de la inocencia». <sup>41</sup> Aquella convicción de la inocencia que hace de la infancia la piedra angular de la vida entera, la fuente natal perdida, el tiempo de la ya imposible salvación.

<sup>41</sup> José-Carlos MAINER, art. cit., p. 141.